

ENRIQUE ROJAS

CATEDRÁTICO DE PSIQUIATRÍA

La llamada personalidad inmadura

«Madurez es aquel estado del conocimiento que lleva a gestionar de manera positiva la propia psicología»



EN pocos manuales de Psicología y Psiquiatría recientes aparece tipificada esta modalidad de la personalidad y, sin embargo, es frecuente en la vida actual. No es tarea sencilla clasificar sus síntomas y trazar su perfil, ya que muchos piensan que detrás de la mayor parte de los trastornos de la personalidad lo que se esconde es una forma de ser inmadura. La polémica, pues, sigue abierta y, de hecho, ni el antes mencionado CIE-10 (de la OMS) ni el DSM-IV reflejan este diagnóstico en sus listas.

Antes que nada, conviene explicar en qué consiste la madurez, fuente de equívocos y ambigüedades. Es un concepto anfíbio, indeterminado, poliédrico, impreciso que se emplea en muchos terrenos y que consta en todas las lenguas: *maturity*, *maturité*, *maturitá*, *Reife*... el lenguaje de la calle lo utiliza con acierto y desacierto, con consideración y sin ella, como sucede con muchas otras palabras. Cuando la gente dice que alguien es inmaduro se observa a priori cierta descalificación.

¿Qué es la madurez en el campo psicológico?, ¿son iguales todas las posibles experiencias de madurez o hay matices según el texto y el contexto de que se trate? A continuación voy a referirme especialmente a la madurez afectiva, intelectual y profesional. Las tres forman un conjunto que explora geografías decisivas del ser humano.

Podemos decir que madurez es aquel estado de conocimiento y buen juicio, prudencia y saber, que se ha ido alcanzando y que lleva a gestionar de manera positiva la propia psicología. En una palabra, es lo que nos permite dirigir y gobernar la vida personal, de tal manera que produzca los frutos adecuados. Madurez es plenitud para reflexionar sobre los sentimientos, las ideas y la vida profesional, traduciendo dicha reflexión en un proyecto de vida coherente, atractivo, realista, positivo y duradero.

La madurez constituye, pues, una mezcla de conocimiento acertado, juicio ecuánime, sensatez, prudencia y criterios bien formados que nos permiten aspirar a la meta de entender qué es la vida, en qué consiste, cuáles son las principales rutas que se deben seguir. Igualmente, nos ayuda a responder a tres premisas claves: cómo comprender la afectividad, de qué modo abrimos paso en la selva espesa de la inteligencia y cómo tener una vida profesional sugerente y llena de sentido.

Los psiquiatras nos movemos con soltura en los pasillos de la vida ajena; entramos y salimos de ella como Pedro por su casa. Nuestro trabajo diario consiste en rastrear los grandes argumentos, así como el libro de cuentas: los resultados del trayecto personal. La vida supone navegar contra viento y marea unas veces, y otras con el viento a favor; remontar el oleaje, saltar por encima de posibles naufragios que amenazan con llevarse todo por delante y escapar de escollos y traiciones marinas. Vidas rectilíneas no

existen, salvo en los libros. El sueño mítico de una felicidad completa es una utopía; sin embargo, sí cabe la felicidad cuando se entiende como madurez, sosiego y paz. Tanto la felicidad completa como la madurez idílica quedan desmentidas por el paso de los años.

Por eso la madurez no puede ser entendida nunca como un destino definitivo al que uno llega y en el que se establece con carácter perenne. Hay que verla de un modo distinto, como un camino siempre mejorable, un proceso de conocimiento e independencia gradual, progresivo, secuencial, que va mejorando y puliéndose con el paso de los años. De ahí que sea más correcto hablar de grados de madurez: en algunos adolescentes, en la primera juventud, etc. Son momentos de discernimiento y lucidez en los que vamos entendiendo qué es vivir. La madurez es crecimiento, desarrollo, proceso escalonado de organización de los grandes argumentos: los sentimientos, la profesión, el saber vencer las dificultades según las distintas edades y circunstancias.

No debemos olvidar que tener madurez no es algo que se pone de relieve en un momento concreto, puntual, sino que se traduce en una conducta prolongada que ofrece unos criterios sólidos de coherencia y equilibrio en las más diversas ocasiones. No está vinculada a uno o varios episodios importantes, sino que refleja un estilo, una manera de funcionar, a la

que puede aplicársele la etiqueta de persona madura.

Las señales psicológicas que nos ponen sobre la pista de que estamos ante una personalidad inmadura son las siguientes:

- Desfase entre la edad cronológica y la edad mental. Ésta es una de las manifestaciones que más llama la atención en una primera aproximación. El paso de los años debe, precisamente, irnos posicionando en la realidad temporal.

- Desconocimiento de uno mismo. Una de las normas del héroe griego era conocerse a sí mismo. Este fallo psicológico implica no saber cuáles son nuestras aptitudes y limitaciones, lo que nos lleva a embarcarnos en empresas imposibles, sin futuro, y a no arriesgarnos cuando las circunstancias muestran cierta posibilidad.

- Inestabilidad emocional. Se expresa mediante cambios en el estado de ánimo, pasando de la euforia a la melancolía de un día para otro e incluso en el mismo día. Esto debe diferenciarse claramente de las oscilaciones anímicas propias de las llamadas depresiones bipolares o psicosis maniaco-depresivas.

- Poca o nula responsabilidad. Como antes he indicado, la inmadurez tiene niveles, lo mismo que cualquier otro aspecto psicológico. Libertad y responsabilidad constituyen un binomio inseparable. Esto quiere decir que no hay criterios firmes de conducta sin fidelidad a los compromisos contraídos.

- Mala o nula percepción de la realidad. La captación incorrecta de uno mismo y del entorno nos lleva a desarrollar una conducta desadaptada tanto intrapersonal (falta de armonía con uno mismo) como interpersonal (inadecuado contacto con los demás y errónea valoración de las distancias). En una palabra, estar en la realidad quiere decir tener la capacidad para ver las cosas como realmente son).

- Ausencia de un proyecto de vida. La vida no se improvisa, necesita cierta organización, un esquema que diseñe el porvenir y que esté basado en los tres grandes argumentos que ya he señalado: amor, trabajo y cultura.

- Falta de madurez afectiva. Entender qué es, en qué consiste y cómo vertebrar nuestra vida el mundo de la afectividad resulta esencial. Por el amor tiene sentido la vida, pero no hay amor sin renunciaciones. La madurez afectiva implica fundamentalmente tres cosas:

- Saber que todo compromiso afectivo tiene cosas positivas y negativas. En consecuencia, hay que adquirir habilidades para que la vida conyugal tenga capacidad de reacción en los momentos difíciles.

- Lograr un mejor autocontrol; el gobierno de uno mismo es una buena aspiración. Éste, y la optimización de las posibilidades nos hacen más libres.

- Alcanzar un buen nivel de autoestima: una de las características más claras de la inmadurez es la inseguridad, en consecuencia, el inmaduro no cree en sí mismo.

GONZALO SANTONJA

ESCRITOR

Clarín, ideas y palabras

EN vísperas de acudir a los Cursos de la Universidad Complutense en El Escorial para intervenir en el que ha organizado Ramón Tamames, ambicioso cronista de la segunda vida de Anita Ozores (Madrid, Sial, 2000), reparo en un fragmento de Antonio Machado, del que es para mí —junto a *Soledades*— su gran libro, *Juan de Mairena*, que a la perfección explica el singular caso de Leopoldo Alas, rarísimo punto de encuentro de bien medidas intersecciones entre la búsqueda de las ideas y el registro exacto de las palabras, poco abundante en nuestra literatura.

Y es que dice así Antonio Machado: «hay escritores cuyas palabras parecen lanzarse en busca de las ideas; otros, cuyas ideas parecen esperar las palabras que las expresen». El encuentro de unas con otras, sigue discutiendo, «es muchas veces obra del azar», un azar especialmente dichoso en el caso de esos «escritores extraños ... en quienes la reflexión improvisa y la inspiración corrige». Tal sería, a mi juicio, el retrato que mejor define a Clarín, tan rotundo y sobrado de ideas, tal vez porque salió muy pronto en su búsqueda (así lo atestigua la muy precoz empresa del *Juan Ruyz*, semanario manuscrito y unipersonal, lejano germen

de los *Paliques*, que data de su etapa escolar), como bien abastecido de recursos literarios, sólidamente forjado en la cátedra libre de las discusiones en las tertulias y el Ateneo.

Fiel siempre a esas raíces originales, Clarín levanta el prodigioso andamiaje de *La Regenta* sobre el crisol del escepticismo, porque ningún polemista que de verdad lo sea (a veces se confunde la categoría de polemista con la vocación de padre predicador) deja de desconocer que la verdad siempre se reparte en porciones, de modo que sólo profesaría en el credo del naturalismo desde muchas reservas y con muy notables cauteles. Al respecto, en *La literatura en 1881* dejó caer una advertencia que nadie debiera entregar al olvido:

«El naturalismo como escuela exclusiva de dogma cerrado, yo no lo admito; yo no soy más que un oportunista del naturalismo; creo que es una etapa propia de la literatura actual ... (y) creo que de él quedará mucho para siempre».

Ahí crece y a dicho tenor se afirma, sobre ese sutil equilibrio del asentimiento con matices, de profesión en el antidogmatismo y militancia en la suma sin restas de las distintas corrientes del pensamiento y la estética (la técnica de Flaubert, la visión del naturalismo, la ética del krausismo y la capacidad de invención), una novela en la que late todo el entramado de la vida colectiva en una ciudad de provincias (toda España era entonces una provincia) y la peripecia central de unos personajes cargados de verosimilitud narrativa.

Ideas y palabras: afortunada conjunción, extraño escritor. Conviene repetirlo: «la reflexión improvisa y la inspiración corrige». A la vuelta de tantos retorcimientos de la crítica al (ab)uso creo a Clarín, a la perfección captado por Antonio Machado, el huerto claro de cuyas afinadas intuiciones abunda en sezonados frutos, con unas pocas palabras, como suyas, verdaderas.